

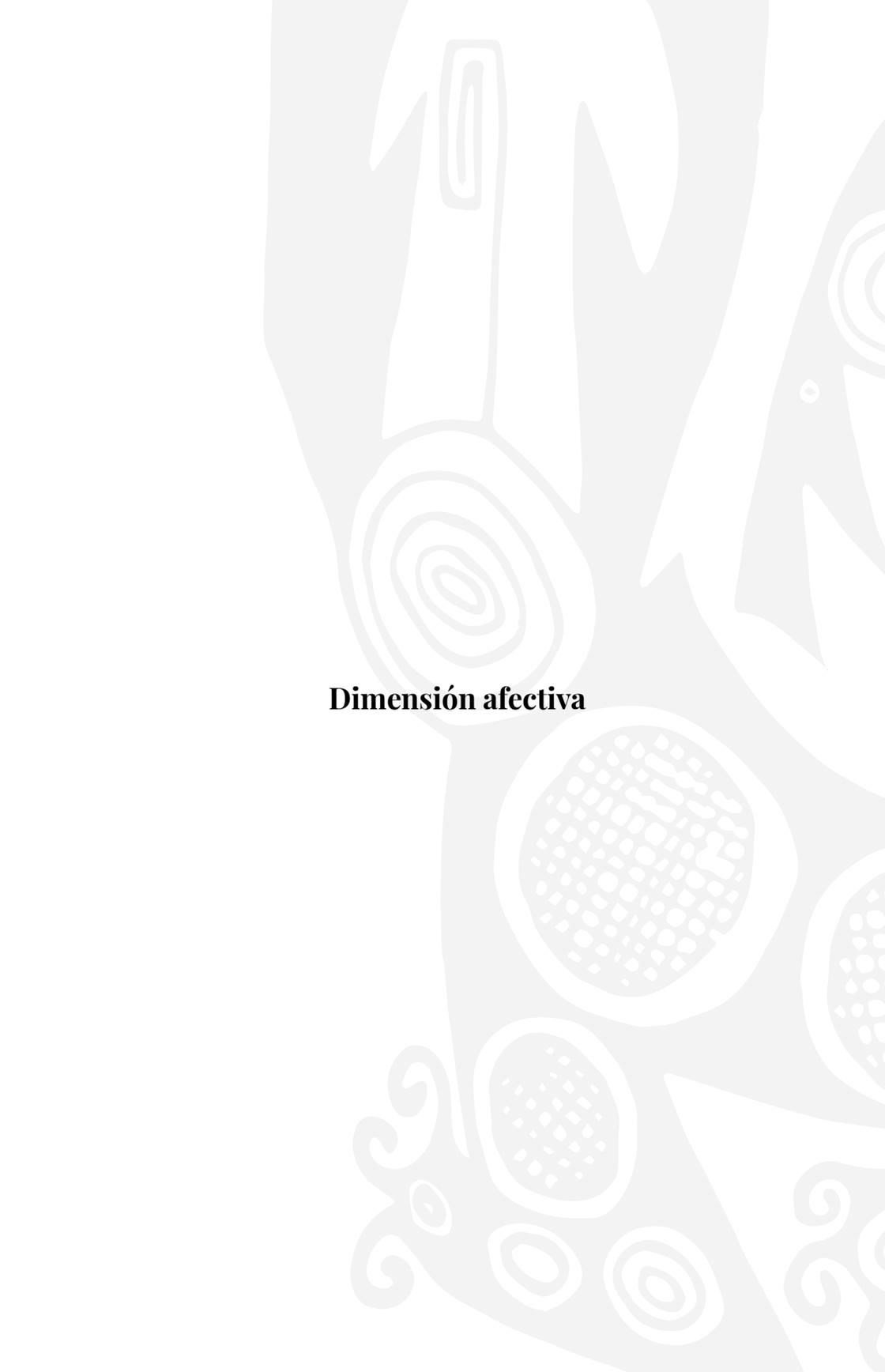
Colección Narrativa

EUGENIA MURÚA

DIMENSIÓN AFECTIVA



PLANO EDITORIAL

A stylized, light gray illustration of a hand holding a heart. The hand is positioned at the top, with fingers slightly curled. The heart is the central focus, featuring several distinct patterns: concentric circles, a grid of small squares, and swirling motifs. The background is white, and the overall style is clean and modern.

Dimensión afectiva

Esta obra obtuvo el Primer Premio del Concurso Libro de Cuentos del Programa Letras en Conexión de la 18ª FERIA del Libro de La Rioja (2020). El Jurado estuvo integrado por Rogelio Ramos Signes, Eugenia Almeida y Máximo Chehin.

Eugenia Murúa

Dimensión afectiva



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso previo por escrito del editor.

Murúa, Eugenia
Dimensión afectiva / Eugenia Murúa. - 1a ed. - La Rioja : Plano Editorial, 2022.
66 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-48288-6-6

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863



Diseño de Colección: Matías Teruel

Edición: Fabio Martínez

Corrección: Iris Lastra

Maquetación: Carlos Paigés

Diseño de portada: Ramón Alberto Romero

Imagen de portada: Virginia Orquera Pisetta

© 2022 Eugenia Murúa

© 2022 Plano Editorial

mail: planoeditoriallr@gmail.com

2022 1ra. Edición

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

La Rioja: Plano Editorial

Este proyecto editorial busca afianzar, ampliar e institucionalizar las acciones que se han llevado a cabo en materia editorial en la provincia de La Rioja en las últimas décadas y, sobre todo, profesionalizar las condiciones objetivas de edición, promoción, distribución y venta de libros editados en la provincia (de autores riojanos y de la región) con el fin de fortalecer el mercado librero y editorial provincial y regional. Desde el Gobierno de la Provincia de La Rioja creemos que es una función indelegable del Estado el desarrollo y la promoción de la cultura en su sentido amplio e inclusivo. Los trabajadores del libro (escritores, correctores, editores, diseñadores, libreros y críticos, entre otros) no son sino actores clave de la industria cultural y garantes del acceso a la cultura, a través del libro, como un derecho humano y universal. Esta editorial nació para dar respuesta y certeza a la incertidumbre, para sostener el mundo del libro, el acceso a la cultura y a la educación.

AUTORIDADES

Gobernador de la Provincia de La Rioja
RICARDO CLEMENTE QUINTELA

Vicegobernadora de la Provincia de La Rioja
FLORENCIA LÓPEZ

Jefe de Gabinete de Ministros
JUAN LUNA CORZO

Secretario Gral. de la Gobernación
ARMANDO MOLINA

Secretaria de Comunicación y Planificación Pública
MARÍA LUZ SANTANGELO CARRIZO

Ministro de Turismo y Culturas
GUSTAVO ANIBAL LUNA

Secretaria de Culturas
PATRICIA HERRERA

Dirección editorial:
PATRICIA HERRERA
PAOLA AUDISIO

Consejo asesor:
SILVIA BAREI
HÉCTOR DAVID GATICA
RAQUEL GUZMÁN
ALDO PARFENIUK
TOMÁS VERA BARROS

Coordinación editorial:
FLORENCIA GUITELMAN

Historias afectivas

“La literatura se parece mucho a las peleas de los samuráis, pero un samurái no pelea contra otro samurái; pelea contra un monstruo. Generalmente sabe, además, que va a ser derrotado. Tiene el valor sabiendo previamente que va a ser derrotado, y salir a pelear: eso es la literatura”.

Roberto Bolaño

Una vez, me invitaron a una feria del libro que organizaba una institución educativa. La charla se hacía en el patio de la escuela. Estaba junto a dos escritoras. Llegué un rato antes y el lugar estaba lleno de chicos y chicas, la mayoría sentados en el suelo, algunos acostados en la falda de los compañeros. Me ubiqué en una silla y al ratito empezó la charla.

La primera pregunta, la recuerdo de manera clara, fue acerca de la importancia de la lectura no solo para escribir sino en general. Por un momento dudamos en agarrar el micrófono, pero fue una de las autoras quien tomó la palabra y fue sincera y clara. Dijo que ella tenía una vida monótona y aburrida y hasta mala (a veces) cuando se peleaba con su pareja. Que cada día, por lo general, hacía lo mismo. Se levantaba a la misma hora, trabajaba, hacía las mismas cosas, resolvía las mismas cuestiones y regresaba a su casa. La literatura, la lectura de manera más específica, era lo único que volvía a su vida más interesante. Yo no quiero que los libros me enseñen nada, recuerdo que dijo, yo quiero historias bien contadas para poder vivirlas juntos a los personajes y abstraerme de mis problemas.

Después dijo otras cosas más, pero me quedé con esa idea acerca de la literatura y es un pensamiento que me acompaña cada vez que leo un libro que me atrapa y me conmueve. Y fue eso lo que me sucedió cuando llegué a la última página de *Dimensión afectiva* de Eugenia Murúa. Es su primer libro de cuentos y puedo afirmar que es una obra más que interesante para la literatura de La Rioja por varios motivos.

En primer lugar, es un libro de narrativa. Son cuatro cuentos escritos de manera sutil, pero al mismo tiempo sin perder la potencia que conlleva una buena historia. Algunos participan del realismo y en otros se introduce en el fantástico sin ningún tipo de problema en el cruce de géneros.

Segundo, estos relatos se desprenden de la tradición poética y paisajista tan arraigada en la literatura del Noroeste argentino. Los espacios descritos en los cuentos no son montañas, ni cerros, ni plantas o árboles; los personajes se mueven por espacios internos: un funeral, una casa con múltiples pasillos y puertas, una casa cuasi tomada por ruidos extraños y bártulos y un barrio donde llegan parejas jóvenes y todo se vuelve extraño. Sin embargo, esos espacios internos toman protagonismo en cada una de las historias para transformar de alguna manera la vida de los personajes.

Tercero, es una mujer la que escribió este libro. Estoy seguro de que muchos dirán que esto no tiene nada que ver, pero les cuento algo, en el 2009, acá en Córdoba, la estimada Lilia Lardone editó una antología de jóvenes narradores a la que denominó *Es lo que hay (Antología de la joven narrativa en Córdoba)* y entre veinticuatro escritores solo encontró a dos narradoras. Las cosas cambiaron desde aquella época y a nivel nacional y sobre todo en Buenos Aires, Santa Fe y Córdo-

ba aparecieron nuevas narradoras muy interesantes. Por eso mismo hay que celebrar que en La Rioja suceda lo mismo, que sean las mujeres las que se animen a escribir cuentos y sobre todo que tengan el espacio donde publicar sus escritos.

Para finalizar, quiero destacar que *Dimensión afectiva* es un libro trabajado que nada tiene que ver con la concepción romántica del escritor o la escritora, esa concepción que plantea a la autora como una mujer que espera la inspiración y la traduce en palabra. Estamos frente a una escritora que tiene oficio, que entiende a la narrativa como una construcción, como una piedra enorme a la cual debe darle forma con paciencia y esfuerzo. Como bien lo dejaba en claro la estimada y querida Hebe Uhart: escribir es un trabajo, una tarea, una especie de artesanía, una rara artesanía. Leer, escribir, corregir y terminar los cuentos. ¿Acaso hay otra manera de escribir? Yo por lo menos no la conozco. Sean bienvenidos a este universo de dimensiones afectivas. Se los aseguro, la van a pasar muy bien.

Fabio Martínez

*“Que los dioses todos me conserven,
hasta la hora en que cese este aspecto de mí,
la noción clara y solar de la realidad exterior,
el instinto de mi inimportancia,
el consuelo de ser pequeño
y de poder pensar en ser feliz”.*

Fernando Pessoa

Censo

¿Hace la diferencia uno, entre cientos y miles?, piensa Elle, mientras se derrama por las veredas de canaletas pequeñas e infinitas. Los pasos hacen el milagro de seguirse, un pie se pone delante del otro mientras a contrapelo —¡argg, como tocar algo desagradable en la oscuridad!—, siente la persecución de un recuerdo que no llega a mostrarse del todo.

¿Hace la diferencia uno, entre cientos y miles? Y no es una búsqueda filosófica, no es honda y no es una pregunta retórica privada o un desencanto político, ese que tendría dos años después. Elle cumple el rol de encuestadora, encuestadora del Censo Nacional.

Tal vez fuera el sepia del sol en plena retirada, pero la tarde parece incompatible con la misión de andar casa por casa preguntando a las personas si tienen inodoro. Es peor cuando no lo tienen.

La última casa:

Después de haber falseado dos encuestas y las cientos que tergiversarían sus compañeros: ¿importa realmente que alguien entremezcle mentiras y responda un cuestionario diseñado para

recortar la realidad, selección silenciosa, por interés o comodidad, que devuelve datos para análisis posteriores igual de tendenciosos?, ¿está instancia de ficción afecta la construcción de la otra ficción, aquella que sometida a un engorde generoso y sistemático configura la realidad, etc.? O a los fines prácticos,

¿Qué importa lo que esta señora tenga para decirme? La señora es una viuda enclaustrada en su casa desde hace años, a quien, lejos de concederle el anonimato, su encierro había consagrado como figura local. (La)Viudita representa a la perfección la imagen de la entrega que, ante el fallecimiento de su marido, no hace otra cosa que abocarse a su recuerdo y vivir de su pensión.

Mientras su pie derecho se despega del piso, Elle piensa que no, que no está de acuerdo con lo que la gente dice. Cualquier análisis superficial revelaría que las razones para alejarse del mundo son miles y que no se necesitan mayores explicaciones. Con el pie izquierdo en el aire concede que, tal vez, existan las mismas razones para salir que para encerrarse. Ya frente a la puerta resuelve que, además, estas razones son exactamente las mismas. El portal es grande, alto, muy alto, de madera oscura. Un llamador de bronce suena y la puerta se entreabre como si hubieran estado esperando.

La cabeza de Viudita aparece con expresión rígida. Solo después de que Elle explica la inocencia de su visita, la dueña de casa abre de par en par y la invita a pasar. Caminan por pasillos extraños que se unen en forma de triángulos y hexágonos, pasillos que invaden habitaciones y se estrechan, pasillos que se ensanchan y te engañan, haciéndote pensar que no hay nada en la

casa más que pasillos. Y puertas, puertas altas y oscuras que paren pasillos frescos de pisos. Pisos ajedrezados, pisos con cerezas, pisos con arabescos, pisos cinéticos. Viudita es pequeña, apenas encorvada, cómodo e incorrecto sería decirle frágil. Camina despacio, como obedeciendo a un ritmo interno. Elle trata de explicar que cualquier lugar es el mejor, que apenas son un par de preguntas rápidas. La anciana se da vuelta al lado de una ventana que la ilumina, solo a ella, con el sobrante del sol que se fue. Tiene los ojos color café perlado, similar a los enfermos de catarata en sus primeras fases. La mirada desconfiada contrasta con la dulzura de su voz.

—Por favor, déjeme que le invite una taza de té.

Esas palabras ponen en alerta a Elle. Quizás fuera la oscuridad que se levanta, la infinitud de los pasillos o, quizás, ver su partida cada vez más lejos. Hay un olor en el aire, una mezcla de naftalina y algo más.

El paseo termina en una cocina pequeña, como de servicio, una mesa vestida con un mantel de hule floreado sobre la que Elle intenta comenzar el cuestionario. Es inútil. Cada pregunta es atracada por recuerdos ínfimos y explicaciones inoportunas de Viudita. *La odio, la aborrezco, la detesto completamente*. Solo necesitaba la contestación de unas tristes preguntas ¿debía soportar la conversación de una vieja perdida, que no tenía con quien hablar?, ¿qué la obligaba a officiar de compañía para la tercera edad? La odió por interponerse con su libertad de feriado, la odió por encerrarla en ese frasco de pasillos y la odió por algo más, indefinido. El olor era tan fuerte que sentía como limaba su nariz.

Tuvo un brote de extrema violencia. Quería matarla. Quería golpearla con un sartén en la nariz hasta

dejarla inconsciente, tal vez por el placer teatral de ver discurrir la sangre. Esconderla después, bajo tierra o bajo llave. ¿Hace la diferencia uno, entre cientos y miles?

Viudita, ignorando su asesinato, seguía añadiendo contornos a sus historias. ¿Cuántas veces la habrán amado, cogido, golpeado, acusado y absuelto sin que ella lo sepa? Confundiendo silencio con atención, la anciana llegó a la parte del relato que más la emocionaba. Hubo un destello en los ojos traslúcidos.

Pero Elle no se siente bien. El odio repentino y extraño de segundos atrás quedó como apartado, había sido envasado por ahí, en algún lugar. Lo tiene, pero no puede sentirlo. Levantarse era caerse más adentro de sí misma. Incapaz de interpretar la realidad, trata de hilarla con detalles aislados: mariposa gris juega en el foco y cubiertos de alpaca.

—Es que usted seguro me pregunta si vivo sola y yo no sé cómo responder a esa pregunta. Mire, no sé si usted sabía, pero yo soy viuda. Déjeme que le cuente.

La encuestadora no pregunta y camina insomne hasta la habitación contigua, en donde la espera un espectáculo que de tan cristiano parece pagano. Es un altar. Un altar en la pared —mejor dicho, que es toda la pared— decorado con lidios, rosarios de plástico y velas de colores. En el centro se ve, casi imperceptible entre la ornamentación, una foto. Es una foto en blanco y negro de un hombre. Este debe ser, este tiene que ser, El Marido.

¡Lidios! Ese es el olor hijo de puta...

—Disculpeme, hija, que le cuente estas cosas pero son importantes, es para que entienda porque digo lo que digo, ¿te gusta? Bueno, los lidios no son necesarios, pero son tan lindos. Espero que no te afecten. Nunca

dejé de cultivarlos después de la prohibición. Pero que digo, vos ni debes saber que son. Sos tan joven.

De la prohibición de los lidios

Los lidios son unas plantitas, unas florcitas iguales en apariencia a los lirios, pero con efectos mucho más poderosos. Aspirar su fragancia significa entrar en un estado melancólico y sensible, como una tristeza estática que crece en forma de raíz desde el pecho hacia el resto del cuerpo.

Su uso social se restringía a una sola situación: los velorios. En los ritos protocolares de la muerte aparecían, así como salpicadas, entre los claveles y los gladiolos. Su objetivo era dramatizar las acciones de los parientes y tener el buen gusto de incluir en la tristeza a los que no tuvieron la suerte de afligirse. En este sentido, era la única flor que cumplía una doble función estética en las salas. En su apogeo, los lidios eran a un velorio lo que la música es a una fiesta. Y así fue durante muchos años, hasta que hubo una transgresión notable.

Un señor se enamoró de Victoria, de 16 años. Incapaz de retenerla a su lado por mérito propio, ideó un plan para que la chica siempre necesitara de su ayuda. La llevó a vivir a su casa y por las noches, cuando ya estaba abandonada al mundo de los sueños, colocaba bajo su nariz un ramo de lidios. Como puede suponerse, los efectos de la flor introducidos en el inconsciente resultaron oscuros e impredecibles. Victoria cada vez se levantaba peor, cada semana se alzaba con una depresión más honda.

Hasta los padres, que otrora habían querido lapidar al señor, ahora lo miraban indulgentes ¡Lo que debía sufrir al darle atención y cariño a su hija

errante! No era extraño verla con la mirada absorta, paseando en camisón o comiendo hormigas en la hamaca de la plaza. Y él a su lado, siempre cuidándola, sin darse por vencido. Tan bien parado, perfumado, con sonrisa de dientes blancos.

Dicen que aquellos que tienen un amor posesivo son inmunes al lidio, puesto que ya se encuentran bajo un encanto mucho más perenne. Lo cierto es que, mientras él emanaba optimismo, la chica estaba cada vez peor. Un día dejó de hablar. Solo emitía quejidos para comunicarse.

El martes 24, doña Luisa salió de su casa para comprar remedios y una bombacha-faja. Al regresar, se encontró con un cuadro aterrador: tendida sobre el piano estaba Victoria, con sangre que emergía de sus muñecas, sangre en el piso y sobre su ropa, sangre sobre su pelo infinito, castaño, que caía como una cortina. Sangre en las teclas.

Los que explicaron los hechos más tarde, dijeron que la chica estaba sentada junto al señor en un banco de la plaza. Él descansó la vista, lo que pensó, un segundo, pero que en realidad fueron varios minutos, ese fue tiempo suficiente para que ella se alejara sin dejar rastro. Uno de los vecinos dice que la vio “corriendo como una loca”. El vecino en cuestión tenía una habilidad especial y cuestionable para estar cuando sucedían los acontecimientos importantes.

Al parecer, Victoria ganó la sala de doña Luisa con un objetivo preciso: tocar su última canción, pero de forma tal, que la propia interpretación implicara su carácter final. Con una habilidad sorprendente —como si hubiera estado premeditado, tal vez en sueños— ató dos gilletes en cada una de sus muñecas, en sentido paralelo a las venas. De-

más está decir que no toco con sus dedos, sino que hundió el acero más y más con cada nota.

¿Cuál fue su última canción? Dicen que algo lento, debido a la forma de ejecución. Otros dicen que en realidad la chica no sabía tocar ningún instrumento, algo que en verdad no importa. Solo el piano sabe.

Las precarias investigaciones de la policía alcanzaron para descubrir la verdad. A partir de ese momento, los lidios se prohibieron para siempre y el señor, muerto ya lo que consideraba su propiedad, desapareció del pueblo. El vecino dice que lo vio salir de noche, manejando un Peugeot rojo.

¡Por supuesto que sé qué son los lidios, la flor más horrible que existe! Ese pensamiento fue el último reflejo antes de caer en un pesado sopor que la envolvería por completo. ¿Qué si le gustaba el altar? Tenía que salir de inmediato, pero las raíces ya van creciendo en su pecho y sigue parada como una tonta, escuchando lo que Viudita dice y empezando a sentirse parte de ella. Se acordó del mal recuerdo que había traído sin saber, antes de llegar a la casa. La anciana, por otro lado, miraba alegre, como si viera lo que contaba en lugar de lo que la rodeaba en realidad:

—A la tarde salía con amigos y jugaba al pool. Muchas veces yo me hice la que me iba a dormir y después me escapaba para buscarlo. Salíamos a dar vueltas.

Los relatos se sucedían como agolpándose en una salida muy estrecha. Elle podía sentir el fresco de la noche y la luz de una luna clara. Tanto se mezclaba que preguntó algo que estaba por fuera del cuestionario.

—¿Lo amaba mucho?

Hubo un silencio incómodo.

—No entiendo. Le cuento del viaje a Soto...

La estampida prosigue su curso y Elle cada vez se conmueve más, al punto de querer abrazarla para consolarla-se y romper a llorar las dos. Con los ojos mojados, se acerca a la anciana. Ya no había más, tiene que preguntar por el deceso. Como no hay una forma fácil, lo dijo directamente:

—¿Cuándo falleció?

De nuevo la incomodidad.

—Eso es lo que trato de explicarle, ¿yo o mi marido?